

del proceso y la sistematicidad de la literatura peruana y el modo como puede accederse a su conocimiento.

“Literatura de ausencias”, como la llama Bendezú, la quechua reside oculta detrás de textos que recogen las versiones originales, perdidas conjuntamente con la voz que las hacía existir en el horizonte de la oralidad. Esos textos transcriben al alfabeto español las obras originales o simplemente las traducen a ese idioma. La literatura quechua llega a nosotros, entonces, a través de un complejo proceso transcultural. Bendezú sostiene, sin embargo que el “texto” primitivo deja una “huella” en el segundo y que es posible, por tanto, reconstituirlo. Se hace necesario entonces un insólito trabajo filológico que redescubra la oralidad oculta en una escritura que la preserva pero, al mismo tiempo, la modifica. Naturalmente la restauración del “texto” original no será nunca literal, pero puede ser suficientemente fidedigna. Aunque Bendezú no muestra ningún ejemplo completo de este procedimiento, adelanta bastante en el descubrimiento de la épica quechua que subyace en las crónicas de Betanzos. Este estudio es tal vez el más acabado —y el más atractivo— de todo el volumen.

El proyecto de volver a hacer audibles los “textos” primordiales tiene sentido cuando la voz que los plasmaba ha sido silenciada y sus palabras son apenas ecos incorporados a otras palabras. Su ámbito es, pues, el de la historia, más o menos lejana, de la que quedan rastros profundamente transformados, tal vez casi irreconocibles. Es en este campo donde los planteamientos de Bendezú cobran mayor relieve.

La literatura quechua actual supone otra forma de aproximación crítica. De hecho se trata de una literatura viva, todavía vigente en su oralidad, que debe ser estudiada dentro del marco que le es específico y sin necesidad de recurrir a su escritura. Aunque Bendezú es consciente de la importancia de la oralidad, parece privilegiar las manifestaciones escritas. Tal vez por esto demuestra un entusiasmo algo excesivo por la poesía de Alencastre, que expresa una visión más bien señorial del mundo andino, y pone de relieve (con justicia) los méritos de quienes, como Viernich, Lara, Arguedas, Lira, etc., dedicaron sus esfuerzos a recoger canciones y relatos quechuas. Ciertamente es fundamental el paso de la oralidad a la escritura, pero queda pendiente el problema teórico-metodológico del estudio de la literatura quechua oral en las condiciones en que efectivamente se produce. En cierto sentido el reto para Bendezú es

construir para la oralidad una estrategia de conocimiento tan atractiva como la que propone para la literatura quechua a la que sólo podemos llegar a través del azar de las transcripciones y traducciones.

Bendezú reivindica con toda razón el derecho de la literatura quechua a ser considerada como parte (la “otra” parte) de la literatura peruana. Se trata, en efecto, de uno de los problemas pendientes de mayor envergadura para la crítica y la historia literarias peruanas. Es posible, sin embargo, que su tratamiento no culmine en la simple aceptación de la existencia de dos literaturas peruanas (en realidad hay más) sino en el descubrimiento de los vínculos que las interrelacionan, inclusive como segmentos de una aguda contradicción.

Antonio Cornejo Polar

**Escajadillo, Tomás G.: *Narradores peruanos del siglo XX, La Habana, Casa de las Américas (cuadernos, 30), 1986.***

En 1971, Tomás G. Escajadillo culminó su doctorado con una tesis titulada *La narrativa indigenista: un planteamiento y ocho incisiones*, aprobada con honores por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Capítulos de esta tesis, ampliados y enriquecidos con nuevos estudios, dieron origen a los dos libros anteriores del autor, el primero sobre López Albújar (1972) y el otro sobre *El mundo es ancho y ajeno* (1983). De la misma fuente surgen cuatro de los trabajos que constituyen la recopilación que comentamos: los relativos a López Albújar, Ventura García Calderón, Ciro Alegría y José María Arguedas. Los otros, sobre José Diez-Canseco, Sebastián Salazar Bondy, Manuel Scorza y Alfredo Bryce, tienen distinto origen y fueron publicados inicialmente como prólogo o artículos en revistas especializadas. A excepción del dedicado a Salazar Bondy, que data del 66, los demás aparecieron a lo largo de la década del 70.

La precisión anterior tiene importancia. En efecto, en esa década —y en la anterior— se hizo costumbre resaltar los valores de la nueva narrativa hispanoamericana en contraposición a las deficiencias y limitaciones de la tradición anterior, especialmente —en el caso peruano— de la narrativa indigenista. En este contexto los estudios de Escajadillo fueron una saludable

muestra de sensatez crítica y de sentido histórico. No sólo desbarató algunos enjuiciamientos arbitrarios, que comenzaban a obturar la comprensión del proceso literario, sino echó nuevas luces para entender mejor ese proceso y los textos que lo constituyen. Tal el caso de la reivindicación de López Albújar, en el campo del indigenismo, y de Diez-Canseco, en el del relato criollista, así como la revelación de la estructura de *El mundo es ancho y ajeno*, hasta entonces juzgada como una novela importante pero defectuosamente construida. Naturalmente el rescate de textos anteriores al 40 no le impidió aproximarse con sagacidad a relatos más recientes, como los de Scorza o Bryce.

Como toda recopilación de estudios, *Narradores peruanos del siglo XX* no agota el elenco de autores, libros o asuntos que hubieran podido ser tratados dentro de ese rubro; sin embargo, la selección de temas tiene consistencia en relación al sistema crítico que la preside y a las opciones que subyacen en él. Es claro, por lo pronto, que Escajadillo privilegia el relato realista, que es por lo demás el que tiene mayor desarrollo en la literatura peruana, y que lo trata desde una perspectiva que intenta revelar el carácter de la ideología que lo organiza. No se trata, empero, del “impresionismo social” que invalida a tantas lecturas ideológicas, sino de un tipo de crítica que primero describe minuciosamente la estructura y el funcionamiento del texto, interpreta luego sus sentidos (sobre todo los plasmados a través del “mundo representado”) y finalmente define la índole de la ideología que explica tanto el proceso de producción de la obra cuanto su plasmación final. Todo este proceso crítico está amparado en una erudición muy puntual y certera.

El sistema funciona con excepcional eficiencia en los estudios sobre López Albújar, García Calderón, Diez-Canseco, Alegría y Arguedas, algo menos en los dedicados a Salazar Bondy, Scorza y Bryce, que son aproximaciones parciales, pero en todos el lector percibe —y agradece— un pulcro respeto por el texto y por la crítica acumulada sobre él. También en todos los casos se advierte que por un exceso de prudencia metodológica no se hilvana suficientemente el significado ideológico de los textos con las condiciones socio-históricas que lo originan. En cualquier caso, *Narradores peruanos del siglo XX* es un libro que reúne aportes sustanciales al conocimiento de la literatura del Perú. Tienen el rango de indispensables para quien quiera aproximarse a esta literatura.

Antonio Cornejo Polar.

**Forgues, Roland:** *José María Arguedas de la pensée dialectique à la pensée tragique. Histoire d'une utopie.* Toulouse, Université de Toulouse, 1986; 565 pp. (Collection “Thèses et recherches”).

Es indudable que nuestros más grandes escritores han sido muy estudiados por numerosos críticos literarios extranjeros, quienes les han dedicado profundos trabajos interpretativos. Uno de esos escritores peruanos de indiscutible prestigio universal es José María Arguedas, cuya obra narrativa ha sido analizada por Martín Lienhard, Roberto Paoli, William Rowe, Angel Rama y Roland Forgues, entre otros críticos extranjeros.

En 1986, la Universidad de Toulouse publicó la tesis doctoral que Roland Forgues, después de diez años de investigación, presentó a la Universidad de Grenoble y cuyo título es *José María Arguedas de la pensée dialectique à la pensée tragique*. Este libro será próximamente editado en español por la Editorial Horizonte y constituye, al margen de algunas de sus tesis discutibles, un aporte considerable para el estudio de nuestro más importante novelista.

Forgues parte de la idea que subyace en las primeras novelas de Arguedas un pensamiento dialéctico que se estructura en base a oposiciones: sierra/costa, explotador/explotado, imperialismo/Perú y que paulatinamente esa visión dialéctica se va modificando hasta devenir un pensamiento trágico, mediante el cual Arguedas nos muestra la imposibilidad de un mestizaje armónico en el Perú y, por consiguiente, el fracaso de la formación de la nacionalidad que se vislumbran en la agonía y la obsesión por el suicidio presentes en *El zorro de arriba y el zorro de abajo*. Para demostrar su tesis fundamental Forgues se apoya en citas de los textos arguedianos, así como en la correspondencia entre el escritor y su amigo Manuel Moreno Jimeno.

El crítico francés analiza la infernal lucha que sostiene Arguedas con el castellano para plasmar la cosmovisión andina en sus relatos de gran profundidad mítica. Además, Forgues señala la característica fundamental del héroe arguediano: la ambivalencia que no es sino reflejo de una sociedad pluricultural y dependiente; de tal manera que Arguedas refleja en la caracterización de sus personajes el permanente conflicto que existe entre culturas antagónicas (la burguesa individualista y extranjerizante frente a la andina comunitarista, por ejemplo). El espacio mítico en las obras arguedianas es una proyección ideal de la transmutación de valores, es de-